

— LA —
DIRECTORA
DE ORQUESTA

LOS

IMPERDIBLES

MARIA PETERS

— LA —
DIRECTORA
DE ORQUESTA

Traducción del holandés
de Catalina Ginard Féron



DUOMO EDICIONES
Barcelona, 2021

Título original: *De Dirigent*

© 2018, Maria Peters y Meulenhoff Boekerij bv, Amsterdam.

© 2021, de la traducción: Catalina Ginard Féron

© 2021, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Publicado gracias al acuerdo con Meulenhoff Boekerij bv,
conjuntamente con 2 Seas Literary Agency y SalmaiaLit, Agencia Literaria.
Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2021

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-18128-15-8

Código IBIC: FA

DL B 963-2021

Composición:
Grafime

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mi nieta Yuna

«Los sueños no se ensayan».

YEHUDI MENUHIN

«Vistos desde la luna, todos somos igual de grandes».

MULTATULI

«Dado que somos muy pocas mujeres directoras
de orquesta, es como si todas estuviésemos
debajo de un microscopio».

MARIN ALSOP

WILLY

1

Nueva York, 1926

—Te has equivocado con los asientos. Presta más atención.

El señor Barnes me agarra por el codo y me observa con dureza. Yo sigo su mirada, asustada. No he advertido la confusión que ha surgido en la fila. Veo que el matrimonio al que acabo de indicar su asiento vuelve a salir con dificultad al pasillo central y agacho la cabeza avergonzada.

—Lo siento mucho —digo de la forma más sumisa posible, puesto que es mi jefe y sé cuál es mi lugar.

El señor Barnes no se digna mirarme y se apresura a ayudar a la pareja. Me siento perdida, pero me repongo y me acerco a los siguientes espectadores que buscan sus asientos.

Por enésima vez digo:

—Disfruten de la velada.

Por las noches, mi trabajo consiste en acompañar a la gente hasta el asiento correcto. De día soy mecanógrafa en una gran oficina. Tal vez resulte extraño que tenga dos empleos, pero para mí es lo normal. Así lo quiere mi madre. A mi padre lo obliga a hacer dos turnos seguidos. Según ella, porque necesita el dinero.

En el fondo me alegro de pasar tanto tiempo fuera de casa, pues mi madre no es lo que se dice un sol de mujer. La comisura de sus labios apunta siempre hacia abajo y cuando ríe su boca consigue a lo sumo trazar una raya horizontal. La primera vez que fui a la escuela cometí el error de dibujarla y de enseñárselo a ella. No debería haberlo hecho. Después pasé dos días sin poder sentarme sobre el trasero. Admito que el dibujo no era una obra maestra, así que quizá tuviera razón en castigarme.

A partir de aquel momento, aprendí a esbozar una sonrisa cada vez que me miraba en el espejo, aunque no tuviera motivos para sonreír. Pese a que todavía no he obtenido la nacionalidad, vivo el sueño americano, con sonrisas y todo.

Esta noche, el concierto abre con la Tercera de Beethoven. Aquí en Estados Unidos, la llaman la *Eroica Symphony*. En Holanda la llamamos la *Heroica* a secas.

Ludwig van Beethoven escribió la sinfonía en honor de Napoleón Bonaparte cuando este se «autocoronó» emperador de Francia. Para demostrar quién mandaba, Napoleón no permitió que lo coronara el papa, sino que lo hizo él mismo. Los hombres pueden hacer esas cosas.

Beethoven, que vivió en aquella misma época, aplaudía las hazañas de aquel dictador. Personalmente opino que Beethoven era mucho más heroico que el tal Bonaparte. Sabía que se estaba volviendo cada vez más sordo, pero eso no apagó su espíritu combativo. «Quiero agarrar el destino por el pescuezo, y no pienso someterme», dijo (o algo por el estilo). Con su música clausuró la época del

clasicismo e inauguró una era totalmente nueva, la del romanticismo.

Lleva ya noventa y nueve años muerto y la gente sigue afluyendo para escuchar su obra maestra. Hago una pequeña reverencia. Los dos caballeros a los que indico su asiento creen que es una muestra de respeto hacia ellos, pero en mi corazón agradezco a Beethoven lo que estoy a punto de escuchar. El movimiento de los integrantes de la orquesta mientras ocupan sus lugares me distrae. El sonido de sus instrumentos mientras los afinan me emociona. Me miro el brazo. Se me ha puesto la carne de gallina.

Estoy sentada en un rincón apartado del pasillo con una cajita de comida china en el regazo. Las puertas de la sala están cerradas. Ya no podemos entrar. Remuevo los tallarines fríos con los palillos.

Cuando voy de mi trabajo diurno al nocturno siempre tengo que correr. En la oficina hay un único reloj de fichar y, si tengo mala suerte, al salir me toca hacer cola. Las demás mecanógrafas se lo toman con calma, pues así parece que hayan trabajado más tiempo. Pero cuando soy de las últimas de la fila, estoy fastidiada.

No tengo tiempo para irme a casa entre un trabajo y otro. Madre me da todos los días una fiambra con restos de comida, pero nunca me los como. No son de la víspera, porque esos se los come ella. Tampoco de dos días antes, porque se los da a mi padre. Las sobras que me da tienen al menos tres días. Tardé un poco en percatarme de su sistema, y al principio llegué incluso a enfermar por culpa de

la comida. Por eso, ahora la tiro enseguida. El problema es que no puedo decírselo. Le daría un ataque si se enterara. Tirar comida es pecado.

El camino más corto de la oficina al auditorio pasa por Chinatown, el barrio chino. Por poco dinero he llegado a un acuerdo con un restaurante que tiene un mostrador que da a la calle. Cuando paso por delante, el señor Huang ya me tiene preparada la comida. Sabe que tengo prisa. Casi siempre me la zampo en plena calle, y cuando llego tarde, él ya me la ha metido en una bolsa para que pueda llevármela al auditorio. Al principio se reía de mí por mi torpeza con los palillos, pero aprendí rápido y me gané su respeto.

Los tallarines se han convertido en una masa pegajosa y cada vez me apetece menos meterme un bocado en la boca. Me pregunto si el concierto ha avanzado lo suficiente para poder ir al lavabo de caballeros. No se ve ni un alma. No hay moros en la costa. Por el camino, tiro la comida a una papelería. Me quedo con un palillo que escondo entre los pliegues de la falda de mi uniforme gris.

No puedo evitarlo, pero el servicio de caballeros de este auditorio me atrae como un imán. Se encuentra en una planta inferior, justo debajo del escenario. Me habría ahorrado muchísimas molestias si pudiera ir al servicio de señoras, pero desde allí no se puede oír nada. Aquí es donde debo estar.

Entro con cautela en la amplia estancia cuadrada, recientemente alicatada con azulejos de estilo moderno que llaman *art déco*. De un vistazo veo que no hay nadie en los urinarios. Una vez que he comprobado que tampoco hay nadie en los

numerosos aseos, me atrevo a ponerme en el centro, a cerrar los ojos y a escuchar. Escucho la música que, debido a una fuga acústica del edificio, se oye tan bien que es como si me encontrara delante de la orquesta.

La música de Beethoven llena cada fibra de mi cuerpo. Es el primero de los cuatro movimientos de los que se compone la sinfonía. El *Allegro con brio*, que significa que debe tocarse con energía y pasión. Lógico, un verdadero héroe siempre tiene energía. Alzo el palillo y me imagino todo tipo de cosas, pero sobre todo que soy la directora de esta orquesta. Que cien hombres siguen los movimientos de mis manos, que los inspiran a tocar la *Heroica* tal como yo creo que debe sonar. El palillo marca un compás de tres por cuatro.

Es increíble la alegría que siento. Esta intensa explosión de felicidad es simplemente adictiva.

Sin embargo, procuro no entregarme a ella demasiado a menudo. Me lo permito solo una vez por semana y voy alternando los días. No quiero que las otras acomodadoras, que se sientan juntas en el vestíbulo a charlar en voz baja, se percaten de ello. Y siempre lo hago al inicio de un concierto. La primera media hora es segura, sé por experiencia que todas las vejigas aguantan ese tiempo. Aunque mi padre es capaz de aguantarse y va poco al lavabo —a veces solo dos veces al día—, son siempre los hombres mayores los que necesitan orinar durante un concierto. Para entonces tengo que haberme ido ya. Todavía me queda algo de tiempo.

Con la mano, señalo a los primeros violinistas imaginarios y les indico que toquen más alto; a los segundos violinistas, suave. Voy dando indicaciones a cada grupo de instrumentos. Me dejo llevar tanto por la música que me olvido de

mí misma. Podría considerarse como una especie de trance, aunque de un tipo muy distinto al que se entrega mi madre cuando hace las sesiones con su club de señoras. No me gustan en absoluto, porque no creo en esas estupideces. Aunque he de admitir que me vino de perlas que Beethoven y Liszt se le aparecieran en una ocasión a mi madre para decirle que yo llegaría a ser una gran música. De lo contrario, mi madre nunca me habría dejado seguir yendo a clase de piano. Pero no me trago lo de que ella y sus amigas sepan qué aspecto tenían Ludwig van Beethoven y Franz Liszt, menos aún como espíritus.

La puerta se abre y me sobresalto. Bajo los brazos rápidamente. Oigo el palillo golpear contra el suelo. Un joven entra y me mira con extrañeza. Yo reprimo un gesto de sorpresa, alzo ligeramente la barbilla y lo miro con toda la impasibilidad que logro reunir. Al fin y al cabo, yo trabajo aquí y él no.

—Este es el lavabo de caballeros —me dice.

Por lo visto considera necesario explicar su llegada. Tardo un poco en recuperar el habla.

—Es que... estaba comprobando algunas cosas.

Él desliza la mirada por mi ropa, seguro que se da cuenta de que llevo el uniforme de acomodadora.

—¿Y qué compruebas?

—La higiene —digo mientras abro algunas puertas e inspecciono los retretes—. El servicio de caballeros se ensucia más rápido, por eso lo revisamos una vez más.

Él me observa. El intruso no debe de ser mucho mayor que yo. Rondará los treinta como mucho. No soporto que sea

tan apuesto y, a juzgar por su ropa, tan rico. No lo soporto porque me hace sentir aún más incómoda.

—¿Y has terminado ya?

Asiento.

—Todo está limpio, señor —le contesto manteniendo abierta la puerta de uno de los retretes, con la esperanza de que se meta ahí dentro y desaparezca de una vez por todas.

Pero él no se mueve de su sitio y se mete las manos despreocupadamente en los bolsillos del pantalón, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para observarme.

—Se está perdiendo el concierto —le digo.

—Ya lo he visto unas cuantas veces —me contesta.

Lo miro fijamente a los ojos, unos irresistibles ojos marrones, como si con ello pudiera obligarlo a hacer algo. Pero no. Él permanece de pie junto a la puerta. No me queda más remedio que dirigirme a la salida y, aunque él tiene que apartarse para dejarme pasar, no me quita la vista de encima.

Cuando ya estoy en el pasillo lo oigo decir detrás de mí:

—Se te olvida algo.

Me vuelvo. Él mira el palillo que también ha oído caer. Lo tiene justo delante de los pies, pero no hace ademán de recogerlo. Yo me agacho.

Esa noche, todo el personal está en fila. El director Barnes reparte complaciente los sobres con dinero. El viernes por la noche es el día de pago y, como de costumbre, nos explica qué conciertos nos esperan en las próximas semanas. Yo escucho con atención, pues esa parte me gusta aún más que recibir mi sueldo.

—Y entonces tendremos la Sinfonía número 40 de Mozart, la Número 100 de Haydn, la Tercera de Schumann, el Concierto para violín de Mendelssohn...

Mi compañera Marjorie se acerca a mí y me susurra:

—Me muero de aburrimiento. ¿Quieres un trozo de chicle?

Marjorie y su goma de mascar son inseparables. Siempre lleva varios paquetes en el bolsillo. «La goma Nueva York n.º 1 de Adams, se chasca y se estira», dice la publicidad. Cuando nadie la ve, ella da chasquidos. No sé cómo lo consigue, pero nadie parece percatarse de que lleva siempre goma de mascar en la boca. En una ocasión, el chicle se le quedó pegado a las gruesas trenzas que se hace cada día alrededor de la cabeza. Me contó que le había sucedido mientras dormía. Tardó días en conseguir quitárselo.

—El chicle me provoca náuseas —le susurro.

—Venga ya.

Marjorie cree que le estoy tomando el pelo, aunque le digo la verdad. Entretanto sigo escuchando.

—Y por supuesto el próximo mes tendremos el honor de recibir al señor Mengelberg, el famoso director de orquesta holandés...

«¡Mengelberg!».

—... con la Cuarta Sinfonía de Mahler —acaba diciendo Barnes.

—Tengo que verlo —le susurro a Marjorie.

Estoy tan entusiasmada que casi exploto. Marjorie me observa asombrada, como si viera un burro volar. Pero cuando me mira a los ojos y advierte que lo digo en serio, y el señor Barnes está a tan solo dos pasos de distancia, me sisea:

—¡Pídeselo!

El director se detiene delante de mí y me observa de pies a cabeza. El penetrante olor de sus sobacos me llena la nariz. Pienso en la reprimenda que me ha dado unas horas antes y se me ocurre que quizás el hombre del lavabo se ha quejado de mi presencia en el servicio de caballeros y pierdo todo el valor de pedirle nada. Por fin su mirada acaba reposando en mi cuello deshilachado.

—Compra una blusa nueva. Esa está gastada.

Mantengo la mirada fija en la pared y asiento. Él me entrega el sobre y avanza hacia Marjorie.

—¿Señor Barnes? Willy quiere asistir al concierto. —La oigo decir.

—¿Qué?

—Willy quiere estar en el concierto de ese Mengelen.

—Mengelberg —me apresuro a corregirla.

—Eso mismo.

Barnes vuelve la mirada hacia mí.

—Imposible.

—Pero...

—Las entradas para ese concierto se agotaron en un día.

Barnes sigue avanzando. Yo me trago la decepción y maldigo por enésima vez que el personal no tenga acceso a la sala durante los conciertos.

Unos minutos más tarde, mientras me dirijo a la salida del personal, huelo al director en el pasillo. Me desvío, sigo el rastro y llego justo a tiempo de verlo entrar en su despacho. Llamo a la puerta y me quedo esperando en el umbral.

—Señor Barnes, ¿podría apuntarme en la lista de espera?
¡¿Por favor?! ¿Por esta vez?

Enseguida veo que le asombra que lo haya seguido.

—¿Por favor? —digo una vez más.

—¿Estás suplicando? —me pregunta lanzándome una mirada inquisitiva—. La entrada más barata cuesta un dólar.

Como si no lo supiera. La más cara cuesta dos dólares setenta y cinco, y si fuera estudiante, podría entrar por veinticinco centavos. Empiezo a sacar el dinero del sobre, pero él me detiene.

—Solo tienes que pagar si hay sitio —dice cogiendo su pluma y anotando mi nombre con letra elegante en la lista de espera.

Subo silbando las interminables escaleras del bloque de pisos en el que mis padres alquilan un apartamento. Sé que las chicas no deben silbar, pero hoy me trae sin cuidado. Por dentro me siento ligera.

Cuando entro en casa, me voy directa a mi dormitorio y saco las partituras que tengo escondidas debajo de la cama. Me siento en el borde y, experimentando un profundo respeto, leo el nombre que figura en la portada: Gustav Mahler, Cuarta Sinfonía. Deslizo los ojos con impaciencia por la partitura y las anotaciones que he garabateado en el margen con lápiz rojo y azul. Miro la pared donde he colgado toda una colección de imágenes de mis dos ídolos. Poso la mirada en las fotos de Mengelberg.

—¿Willy?

Oigo a mi madre avanzar por el pasillo. Rápidamente cierro la partitura y quiero volver a esconderla debajo de la cama, pero es demasiado tarde. Mi madre entra en la habitación. Lo hace siempre sin pensárselo dos veces, incluso ahora que ya he cumplido veintitrés años. Levanta la mano mostrándome la palma.

—Tu sueldo.

Le entrego los sobres con el salario de mis dos empleos y mientras ella empieza a contar el dinero, empujo con el pie la partitura debajo de la cama. No tiene ni idea de que mi cuarto incluye un montón de escondites. El mejor se encuentra detrás del panel inferior de mi destartado piano. Con dos horquillas puedo soltar el tablero delantero y sacarlo. Allí guardo el dinero ahorrado a duras penas con el que pago al señor Huang, entre otros.

—Necesito una blusa nueva.

—No te quejes. Esta aún sirve.

—Me han advertido...

—Puedes arreglarla.

—... que me echarán —le digo completando mi frase.

Eso surte efecto, pues lo último que quiere es que entre menos dinero en casa.

Mi madre duda antes de sacar dos dólares del sobre.

—No creo que sea suficiente —le digo, pero ella no pica.

—No te daré más.

Y con estas palabras me deja sola.

Al día siguiente es sábado y no tengo que trabajar en la oficina. Mi madre no está. Se ha ido a leerle los posos del té a

un cliente. Con ese timo se gana un dinerillo de vez en cuando. Saco aguja e hilo del costurero de mi madre y arreglo el cuello de mi desgastada blusa de trabajo.

Esa noche no rehúyo al señor Barnes.

—¿Ha visto? —le digo cuando me lo encuentro en el vestíbulo, enseñándole mi blusa con una sonrisa.

—Mucho mejor —me dice él—. Me alegro de que me hayas hecho caso.